

MARÍA, MADRE DE LA ESPERANZA

Martes, 4 de diciembre

La Palabra de Dios que nos acompaña hoy en nuestra meditación es la que nos transmite Juan, el que “lo vio y sabe que dice la verdad” (Jn 19,35). Es el evangelista Juan quien nos habla de María al pie de la cruz. Esta cruz representa la “hora” en que el Hijo del Hombre tenía que ser glorificado; la hora por la que Él había venido al mundo. De esta hora habla Jesús cuando le dice al Padre: “Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu Hijo” (Jn 17,1). El momento de la muerte es, pues, el momento en el que se revela plenamente la gloria de Cristo, su soberanía divina, y Él aparecerá entonces como aquel que da el Espíritu. En el Calvario tiene lugar para Juan el paso de la antigua a la nueva Pascua. Es el momento del “todo está cumplido” (Jn 19,30). La muerte de Cristo es contemplada en su causa: la amorosa obediencia del Hijo al Padre, una obediencia hasta la muerte.

Presentándonos a María al pie de la cruz, Juan la sitúa en el corazón mismo del Misterio Pascual. Ella no solo asistió a la derrota y a la muerte del Hijo, sino también a su glorificación. María ha visto la “gloria de Dios”, que es el amor. ¡Qué grande, qué heroica en esos momentos la *obediencia de la fe* demostrada por María ante los “insondables designios” de Dios! ¡Cómo se abandona en Dios sin reservas, a aquel cuyos caminos son inescrutables. Y, a la vez, ¡cuán poderosa es la acción de la gracia en su alma, cuán penetrante es la influencia del Espíritu Santo, de su luz y de su fuerza! (*Redemptoris mater*, 18).

No solo su Hijo, también María bebió el cáliz de la pasión, y lo bebió hasta el fondo. Si en el Calvario, junto a la cruz de Jesús, estaba María, su Madre, quiere decir que ella lo vio todo y estuvo presente en todo. Vio la carne de su carne flagelada, sangrante, coronada de espinas y semidesnuda ante la multitud. Vio cómo los soldados se repartían las vestiduras. No se ha equivocado la piedad cristiana cuando aplicó también a María al pie de la cruz aquellas palabras pronunciadas por la hija de Sión en su desolación: “Vosotros, los que pasáis por el camino, mirad y ved si hay dolor como el dolor que me atormenta” (Lm 1,12). Si el apóstol Pablo pudo decir: “llevo en mi cuerpo las marcas de Jesús” (Ga 6,17), ¿qué debería decir María? María es la primera estigmatizada del cristianismo, ha llevado los estigmas invisibles grabados en el corazón.

De María, al pie de la cruz, no nos han sido transmitidos gritos y lamentos, como los de las mujeres que le acompañaban durante la subida al calvario.; no se nos han transmitido palabras, como cuando hallaron a Jesús en el Templo, o como en Caná de Galilea. Se nos ha transmitido solo su silencio. María, en el evangelio de Lucas, calla en el momento del nacimiento de Jesús; y, en el evangelio de Juan, calla en el momento de la muerte de Jesús. El lenguaje de la sabiduría del mundo se expresa por medio de la palabra y los discursos bonitos. ¡El lenguaje de la cruz es el silencio!

Si María pudo ser tentada, como también lo fue Jesús en el desierto, esto fue posible, sobre todo, al pie de la cruz. Y fue una tentación profunda y dolorosa porque tenía como motivo a Jesús. Ella creía en las promesas, creía que Jesús era el Mesías. Pero ve que Jesús no hace nada. Liberándose a sí mismo de la cruz, le libraría también a ella de su tremendo dolor, pero no lo hace. Sin embargo, María no grita: ¡Baja de la cruz; sálvate a ti mismo y a mí! Ya ni siquiera le pide a Jesús: “Hijo, ¿por qué nos has hecho esto?”, como le dijo cuando, después de haberlo perdido, lo encontró en el Templo (Lc 2,48). María calla, “consintiendo amorosamente en la inmolación de la víctima que ella misma había engendrado” (LG, 58).

Así pues, “junto a la cruz de Jesús”, María no estaba cerca de Él solamente en un sentido físico, sino también en un sentido espiritual. Estaba unida a la cruz de Jesús; tenía el mismo sufrimiento; sufría con él. Sufría en su corazón lo mismo que el Hijo sufría en su carne. Ahora que ha llegado su “hora”, hay entre Jesús y su Madre algo en común: el mismo sufrimiento. En aquellos momentos extremos, tan solo le quedó a Jesús la mirada de la madre donde poder buscar refugio y consuelo. Cuando Jesús la dijo: “Mujer, ahí tienes a tu hijo”, miraba ciertamente hacia ella. María se convierte en el inicio y la Madre de todos los creyentes en su Hijo. María aparece ahora en su nueva visión maternal, la de ser madre de todos los fieles, símbolo de la Iglesia, que engendra nuevos hijos y hermanos para el Padre y para Cristo. Cristo, sufriendo y muriendo, realiza la salvación; María, sufriendo y perdiendo todo, se convierte en la Madre de la Iglesia.

Y esto, a nosotros, ¿qué nos dice? Lo que ocurrió ese día debe suceder cada día: hay que estar al lado de María junto a la cruz de Jesús, como lo hizo el discípulo a quien Él amaba. No basta estar junto a la cruz (es decir, en el sufrimiento), sino estar junto a la “cruz de Jesús”. Lo que cuenta no es la propia cruz, sino la de Cristo. Lo primero es la fe. Lo más grande de María al pie de la cruz fue su fe, más grande aún que su sufrimiento. La fuerza de la Iglesia viene de la predicación de la cruz de Jesús, renunciando a toda voluntad de afrontar el mundo incrédulo con sus mismos medios: la sabiduría de las palabras, la ironía, el ridículo. Es necesario renunciar a una superioridad humana para que pueda salir a la luz y actuar la fuerza divina que encierra la cruz de Cristo. “Al hombre que sufre, ha escrito Benedicto XVI, Dios no le da un razonamiento que explique todo, sino que le responde con una *presencia* que le acompaña, con una *historia de bien* que se une a toda historia de sufrimiento para abrir en ella un resquicio de luz. En Cristo, Dios mismo ha querido compartir con nosotros este camino y ofrecernos su mirada para darnos luz. Cristo es aquel que, habiendo soportado el dolor, « inició y completa nuestra fe » (Hb 12,2).

Los Evangelios atestiguan que Jesús conservó hasta el final su confianza en el Padre; que no murió desesperado, sino obedientemente. Y, por eso, como afirma san Pablo, Dios lo ha exaltado y resucitado. En el Calvario María ha vivido todo el Misterio Pascual; esto significa que ha estado junto a la cruz “con esperanza”; que ha compartido con el Hijo no sólo la muerte, sino también la esperanza de una resurrección. En el Calvario ella no es solo la “Madre de los Dolores, sino también la Madre de la

Esperanza, pues ella creyó esperando contra toda esperanza. Esto significa que, sin tener motivo alguno de esperanza, en una situación que, humanamente, carece de esperanza y está en contraste total con la promesa, se dispone a esperar, únicamente en virtud de la palabra de esperanza pronunciada en aquel tiempo por Dios. Al pie de la cruz María “colaboró de manera totalmente singular a la obra del Salvador por su fe, esperanza y ardiente caridad” (LG, 61).

También la Iglesia, como María, vive de la resurrección “en esperanza”. También para ella la cruz es objeto de *experiencia*, mientras que la resurrección es objeto de *esperanza*. María, que en el misterio de la Encarnación ha sido para nosotros *maestra de fe*, en el Misterio Pascual es para nosotros *maestra de esperanza*. Como María estuvo junto a su Hijo crucificado, así también hoy la Iglesia está llamada a estar junto con los crucificados de hoy: los pobres, los que sufren, los humillados. Pero ha de estar como María, *con esperanza*. No basta con compadecer sus penas o aliviarlas. La Iglesia debe, también, *dar esperanza*, proclamando que el mal no tiene la última palabra porque habrá una *resurrección de la muerte*. Fue la luz de la mañana de Pascua la que hizo descubrir poco a poco a la primera comunidad cristiana el sentido de la muerte de Cristo. Y también hoy es solo a la luz de la resurrección de Cristo como se puede comprender el sentido del sufrimiento y de la muerte.

Volvamos la mirada, una vez más, a la que ha sabido estar al pie de la cruz, esperando contra toda esperanza. Aprendamos a invocarla frecuentemente como “Madre de la Esperanza”, y si, en estos momentos, estamos atravesando una prueba y siendo tentados por la desesperación, pongámonos en pie y continuemos caminando hacia delante. María, Madre de la esperanza, nos sostiene en los momentos de oscuridad, de dificultad, de desaliento, de aparente fracaso o de auténticas derrotas humanas. Que María, esperanza nuestra, nos ayude a hacer de nuestra vida una ofrenda agradable a Dios y un don gozoso para nuestros hermanos.